# EL EPISTOLARIO DE JUAN VALERA Y LA LITERATURA CONFESIONAL[1]

*Leonardo Romero Tobar*
Universidad de Zaragoza

Las cartas de Juan Valera: «Voici le seul portrait d´homme, peint exactement d´après nature et dans toute sa vérité, qui existe et qui probablement existera jamais»[2]. Una afirmación tan orgullosa no es frecuente en nuestro escritor; de ser suya, tendríamos que interpretarla con la criba del humor y la ironía, desde esa actitud tan suya que Valera nunca abandonó y que fue la pauta de su visión del mundo y de su manera de escribir. El aserto que acabo de recordar son las primeras palabras que preceden a la edición del conmovedor libro de Jean-Jacques Rousseau, publicado en sus dos partes en 1781 y 1788 con el título de *Confessions*, un título que nos envía directamente a la cuestión que quiero encarar en el tiempo que con tanta generosidad habéis reservado para la inauguración del este II Congreso «Juan Valera» y que se celebra en su ciudad natal. Agradecido y obligado por todo ello.

* * *

Los grandes teóricos del Romanticismo plantearon una cuestión literaria capital que todavía no nos ha abandonado, a saber, la Poesía es el género absoluto que pone en concordancia las terribles contradicciones del universo

---

[1] Las referencias bibliográficas que aquí hago a las cartas de Juan Valera proceden del fondo reunido para la edición de su *Correspondencia* que edito con la inestimable ayuda de Ángeles Ezama y Enrique Serrano (Madrid, Castalia, desde el año 2002 van publicados cuatro volúmenes que abarcan los años 1847-1861, 1862-1875, 1876-1883, 1884-1887; están previstos tres volúmenes más).

[2] Jean-Jacques Rousseau, *Oeuvres Complets. Tome I. Les Confessions. Autres textes autobiographiques*, ed. B. Gagnebin y M. Raymond, Gallimard, col. La Pléiade, 1986, p. 3.

y de la existencia humana. Dentro de esa idea de totalidad, la confesión íntima del genio sería una forma privilegiada de comunicación del individuo con la Verdad; *Dichtung und Wahrheit* (Poesía y Verdad) había titulado Goethe el relato de su biografía y, a su zaga, la caudalosa corriente de textos autobiográficos y declarativos que llena el río de la moderna literatura desde principios del siglo XIX sostendría una intuición análoga: *Confessions d´un enfant du siècle* la novela de Alfred de Musset, *Confessions of an English opium Eater,* autobiografía de Thomas De Quincey, *Confesión e bataglie,* la colección de escritos polémicos de Giosuè Carducci, por poner tres ejemplos de textos confesionales construidos en tres géneros literarios harto diversos.

Situándonos en ese cauce, podemos y debemos preguntarnos –yo lo he realizado en muchas ocasiones– si las cartas de Valera constituyen una variedad, todo lo peculiar que se quiera, de la literatura confesional, esa literatura a la que han dado cuerpo Agustín de Hipona, Francesco Petrarca, Teresa la Santa, Rouseau, Henri Frédéric Amiel, María Bashkirtseff y tantos y tantos hombres y mujeres que han dejado correr su pluma a partir del rubro «Yo confieso», haciendo coincidir al personaje que habla en el texto con el hombre que escribe.

No voy a insistir en el sugestivo interés que tienen las cartas de Juan Valera; es cuestión sobre la que hoy existe una plena coincidencia entre críticos y lectores. Valga solamente el testimonio de Alonso Zamora Vicente: «Pero me atrevo a asegurar que lo que hoy leemos con verdadera fruición es su copiosísimo epistolario»[3]. Tampoco evocaré la clara conciencia que sobre el valor de esos textos tenía el propio escritor –«si estas cartas mías fueran verdaderamente interesantes o amenas», escribía en 1899, acaso podrían publicarse, pero no ahora sino dentro de cuarenta años»[4]–, una estimación que compartían muchos de sus corresponsales[5].

---

[3] Alonso Zamora Vicente, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 1995, p. 158.

[4] Carta al «Doctor Thebussem» (27-V-1899).

[5] La aparición de los volúmenes hasta ahora editados de la *Correspondencia* ha suscitado reseñas y comentarios periodísticos en los que se pondera extremadamente el arte epistolar del autor. He dado relación de los estudios anteriores a la *Correspondencia* y de mayor amplitud que los comentarios que esta obra está produciendo en la «introducción» al volumen I. Con posterioridad al año 2002 pueden verse mis trabajos «El espacio de la intimidad. Juan Valera, el escritor en sus cartas», en J. Álvarez Barrientos (ed.), *Espacios de la comunicación literaria*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 191-204

He de confesaros –ya que de discurso confesional se trata– que yo he llegado a atribuir a ese prestigio epistolográfico el hecho de que se nos hayan conservado millares de cartas escritas por Valera a lo largo de más de cincuenta años y dirigidas a los más distintos y distantes confidentes. Desde luego, parece evidente que los que habían leído algunas de las que escribió en los años cuarenta y cincuenta ya lo estimaban como singularmente dotado para esta clase de textos (sus padres, Lucia Palladi, Serafín Estébanez...) y, en la esfera pública, nos lo certifica una nota periodística de 1858 en que se decía que el volumen de *Poesías* del egabrense publicadas en 1858 eran «dignas del autor de las *Cartas de Rusia*»[6] o el hecho de que en el momento de su ingreso en la Academia Española, dejando aparte las imprescindibles ayudas de los más afines, su obra literaria se reducía al citado volumen de versos, a otro de *Cuentos y Leyendas* escrito al alimón con Antonio María Segovia y a varias docenas de artículos periodísticos. Su principal caudal literario a principios de 1861 estribaba, pues, en las expectativas que despertaba como escritor de cartas, textos que garantizaban un estilo personal y un mundo interior original y sugestivo.

Muchas cartas escribió Valera a lo largo de su vida –en el *corpus* de la edición que dirijo calculamos haber reunido unos cinco millares, y eso no debe de ser sino una parte reducida de las que produjo[7]–, y en casi todas ellas habla de sí mismo, de las personas más próximas a él y de la vida pública en la que estuvo tan implicado, tanto en la española como en la de los varios países en los que sirvió destinos diplomáticos. El conjunto de esta correspondencia forma un tejido que podemos leer como «fragmentos de una gran confesión» –y valga la cita del Goethe que nuestro don Juan tuvo siempre como modelo remoto–, es decir, como un único y dilatado texto confesional hecho, como es de rigor, en primera persona. Lo manifiesta en muchas ocasiones, como en esta carta de 1889: «Esto de andar siempre

---

y «Las ediciones de correspondencias de autores modernos: las cartas autógrafas de Juan Valera», *Pulchre, Bene, Recte. Estudios en Homenaje al Prof. Fernando González Ollé*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp. 1235-1243.

[6] *La Época* (31-V-1858).

[7] Tenemos noticia de la destrucción de las dirigidas a García de Quevedo y sabemos de otras colecciones que no nos han sido asequibles; es deseable que los propietarios de estas colecciones las hagan públicas con la generosidad que han manifestado otros propietarios.

en conversación interior o soliloquio es algo fastidioso a la larga»[8]. En un sentido estrictamente penitencial lo había sostenido en una de las cartas a Cueto desde Rusia en que había pormenorizado sus devaneos eróticos con Magdalena Brohan: «Hoy es lunes, día pintiparado para estarse metidito en casa purgándose, haciendo penitencia y hasta confesión general, porque esta carta no es otra cosa. Aquí confieso mis culpas y necedades y me arrepiento de ellas y hallo algún consuelo en confesárselo a usted y arrepentirme» (13-IV-1857).

Valera había pergeñado una primera revisión autobiográfica en 1863 a requerimiento del erudito cordobés Luis Ramírez de las Casas-Deza y lo hizo en forma de carta dirigida al coterráneo que había conocido en un viaje de diligencia. El tejido biográfico que depara este conocido texto se limita a enhebrar noticias referidas a su infancia, su juventud y primera madurez, un tiempo cuyo latido más vívido tenemos que leer en las cartas a sus padres, a Cueto y a los amigos de entonces. En 1863 faltaban aún muchos años y muchas experiencias para el dibujo acabado de una confesión general[9].

Con todo, en los últimos años de su vida, algunos amigos y corresponsales debieron de solicitarle con insistencia que escribiese unas «Memorias». El traspaso del siglo XIX al siglo XX, esa etapa que en términos de Historia del Arte admite la antonomásica denominación de «fin de siècle», fue un tiempo pletórico de textos escritos en primera persona: Diarios, Memorias, Autobiografías... Ahora bien, Valera respondía a los requerimientos con la sagaz inteligencia del que sabe que aquel tiempo histórico no era ya el suyo. «En cuanto a las *Memorias*, que tal vez serían curiosas y hasta divertidas, es ya muy tarde para que yo me ponga a componerlas» respondía, quizás en 1904, a una solicitud de la revista *Por Esos Mundos*, un texto que Andrés Amorós ha rescatado hace pocos días[10]. Las excusas que da son verosímiles pero no satisfactorias, ya que venía repitiendo lo mismo desde hacia años. En 1896, por ejemplo, manifestaba a su confidente de última hornada, el Doctor Thebussem:

> Envidio y aplaudo el esmero y el orden con que Vd. conserva las cartas. Si yo no fuese tan poco cuidadoso y tan desordenado tendría

---

[8] Carta al barón Greindl (27-VII-1889).

[9] «Noticia autobiográfica de don Juan Valera», *Boletín de la Real Academia Española*, I, 1914, pp. 128-140.

[10] Andrés Amorós, «Una carta olvidada», *Blanco y Negro Cultural. ABC* (16-IV-2005).

muchas también, y algunas muy interesantes, ya por lo que tratan, ya por quien las firma. Yo debía tener cartas, y muchas y de importancia, de Galiano, del duque de Rivas, de Olózaga, de Merimée, de Morel–Fatio, del conde Nigra, del duque de Malakoff, de Pastor Díaz, de Canovas, de su tío Serafín, de Ventura de la Vega, del Padre Ceferino, de Zorrilla, de Miguel de los Santos Álvarez, en fin de medio mundo célebre que se ha ido ya al otro mundo y cuyas cartas, por eso mismo, tendrían mucho valor si yo las conservase o si lograse sacarlas del enmarañamiento de mis papeles en donde tal vez estén como perdidas[11].

Y si el descuido en la conservación de papeles es un argumento que reitera otras ocasiones en las que justifica su negativa a la escritura de textos memorialísticos, más directo aún es cuando se refiere directamente al meollo de lo que sea la naturaleza de la literatura confesional, como ocurre en esta confidencia hecha a su editor José Ortega y Munilla en 1898:

> Acaso mis memorias literarias y políticas pudieran ser interesantes, si yo acertase a redactarlas, pero jamás me he atrevido ni me atreveré a acometer tal empresa por varias razones. En política hice yo siempre menos que secundario papel, de suerte que mi relato tendría que ser más de testigo ocular que de actor. Y en literatura, aunque tal vez represente yo e importe más, he vivido durante años muy apartado materialmente de nuestros hombres de letras por haber pasado fuera de España, en países extranjeros, los quince o dieciséis mejores años de mi vida y los que pudieron ser más activos. En verdad que, en dichos años, he vivido yo como diplomático y aun como jefe de misión en varias capitales y cortes de América y Europa, y podría ser curioso, ameno e instructivo lo que acerca de todo esto yo contase. Por desgracia, para escribir Memorias, no basta la memoria, aunque yo no la tenga muy mala. Conviene conservar apuntes, cartas y documentos de toda clase, y yo soy desordenadísimo y descuidadísimo, y no conservo un solo papel ni un solo apunte. Mis recuerdos, pues, no pueden menos de pecar de vagos y de confusos, y sólo pueden determinarse y adquirir la suficiente firmeza con el auxilio de la fantasía, o dígase, llenando con la ficción todo aquello que el olvido ha ido dejando en claro. Infiero yo de lo dicho que, si para algo sirvo, es para escribir novelas y cuentos, y no para escribir Memorias que pueden tener algún valor histórico[12].

---

[11] Carta de 10-VIII-1896.

[12] Carta a José Ortega y Munilla (25-VI-1898).

Disculpad lo extenso de la cita que he traído a cuento, pero la juzgo sumamente pertinente para verificar cómo don Juan Valera entiende que la veracidad es imprescindible en un relato testimonial mientras que la ficción es invento que vale para otra clase de textos.

## FICCIÓN Y DICCIÓN

Haciendo absolutamente creíbles las razones que manifiesta nuestro escritor, parece claro que el empleo de lo ficticio al que hubiera tenido que acudir si hubiera escrito sus «Memorias» fue el instrumento habitual de que echó mano en las novelas que le dieron fama. Valera, como los grandes novelistas del XIX, generó sus textos narrativos desde la experiencia de lo vivido y lo imaginado por él mismo, aunque lo expresara con el aderezo de las transformaciones literarias que estimase precisas. En otra ocasión me he ocupado detenidamente de los problemas teóricos que presenta la relación vida–literatura en la novela realista; lo he hecho partiendo de un aserto de Leopoldo Alas en un folleto de 1890: «Todo espíritu es una página, o muchas, de la historia de los demás con quien ha vivido en el mundo[13]. El aserto clariniano nos vale muchísimo para entender el tipo de confesión que se comunica a los otros en las cartas familiares.

Bien porque le divirtiera lanzar guiños de irónica complicidad a parientes y amigos, bien por la necesidad de insertar en sus relatos el imprescindible apresto realista de los anclajes en las realidades inmediatas, Valera ofrece en sus novelas y cuentos abundantes alusiones al universo cotidiano y a las muchas personas que él conoció y trató. La bibliografía crítica que se ha dedicado a estos textos ha puesto a nuestra disposición las identificaciones que certifican esa inevitable invasión de la vida real en la escritura literaria sometida a cualquier programa estético, idealista o realista. Así pues, los universos imaginarios de nuestro escritor rezuman emoción por las cosas, por las costumbres, por los paisajes que aún podemos contemplar aquí y ahora, en Cabra, con sólo salir de la sala en que estamos reunidos. En lo que sí se diferencia Valera de las prácticas narrativas de realistas y naturalistas es en la emoción que trasciende lo cotidiano para convertirse en transfiguración lírica o en metáfora mítica de sus prosas narrativas.

---

[13] Leonardo Romero Tobar, «Reflejos autobiográficos en la narrativa clariniana (Sobre las relaciones entre vida y literatura)», *Leopoldo Alas. Un clásico contemporáneo (1901-2001)*, Oviedo, Universidad, 2002, I, pp. 135-156.

Recuérdense momentos transidos de lirismo de sus novelas, como el paseo de don Luis de Vargas hasta las ruinas del convento de San Francisco en la tarde del 23 de junio: «Una poesía melancólica inspiraba a la Naturaleza, y con la música callada que sólo el espíritu acierta a oír, se diría que todo entonaba un himno al Creador...»[14]. O la insistencia con la que acude al *topos* de la epifanía sacra en la hora meridiana y que emplea en otro pasaje de *Pepita Jiménez* –la carta del cuatro de mayo en que el atribulado seminarista relata la excursión al Pozo de la Solana– o en otro momento de *El Doctor Faustino* en que un heterónimo del novelista –nada menos que don Juan Fresco– expone al narrador y a Serafinito cómo se imaginaba el centro del Universo en un punto concreto del campo, lugar en el que «según la creencia general de los de mi pueblo [...] estaba el trono de la Santísima Trinidad. La música celestial era allí mejor que en ningún otro confín de los cielos, y yo me recogía en el silencio de la siesta, y me retiraba en el cañaveral, y cerraba los ojos, y reconcentraba todos mis sentidos y potencias a ver si lograba oír algo de aquella música, que no imaginaba muy distante»[15].

La venerable teoría neoplatónica de la música de las esferas que fray Luis de León había situado en el órgano de la vieja catedral salmantina, la traslada Valera a los campos de su tierra y convierte el venerable saber humanístico en una experiencia intensa de comunión con la naturaleza. ¿A qué sentimientos vividos por él en estos mismos lugares puede estar aludiendo? Creo que, de seguir por este camino, no nos sería difícil encontrar una guía biográfica que nos dibujase muchísimas circunstancias reales del hombre Valera, leídas al trasluz de textos literarios y transmutadas en secuencias narrativas de sus ficciones. Su trabajo responde al artificio del narrador que evita los trucos de «escuela» –lejos, pues, de Fernán Caballero, de Pereda, de la Pardo Bazán, incluso de Clarín y de Pérez Galdós– a la hora de pintar una realidad verosímil, por inmediata, y que en sus ficciones recibe una proyección universal gracias al fondo lírico y mitológico sobre el que trabaja el escritor.

Pero ahora no es mi propósito volver sobre los relatos de Valera, de los que en este Congreso oiremos muchos y buenos comentarios. La prosa que

---

[14] En mi edición de *Pepita Jiménez*, Madrid, Cátedra, 2005, 13ª ed., pp. 63-65, puse en relación este momento de la novela con el poema latino «Pervigilium Veneris».

[15] *Las ilusiones del Doctor Faustino*, cito por *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, I, 203b.

en estos momentos me interesa es la que él fue regalando en sus cartas, un tejido lingüístico en el que los prodigios de la dicción fascinan a los lectores actuales igualmente que admiraron a sus destinatarios originarios. Dicción tan personal la de las cartas de Valera que funciona como un armónico del estilo que caracteriza su prosa crítica y narrativa, pero un armónico en el que prevalecen las formas del coloquio directo y familiar de un sutil hablante andaluz. Los recursos expresivos son, precisamente, los mecanismos lingüísticos que hoy nos hacen más atractivo el acceso a su mundo personal y nos permiten establecer una línea de continuidad entre la dicción de la escritura y la ficción del acto comunicativo en que consisten las cartas.

## LAS CARTAS DE VALERA

Sí, he identificado «ficción» y «carta», porque la naturaleza equívoca de esta clase de textos nos golpea a sus lectores con su rostro de veracidad y con su otra cara oscura, que es el comercio con fantasmas a que se refería Kafka en una carta a Milena. Quien escribe una carta limpia el cristal de trasparencia que finge la proximidad de los ausentes, pero, a la vez, inventa facetas de su yo y construye el rostro de su destinatario en un complicado juego de matices en el que se entreveran el enunciado verdadero y la invención de lo imaginado. Las abundantísimas noticias que Valera proporciona en sus cartas las hacen, claro está, documentos de primera mano sobre la vida pública y la vida privada de su tiempo, inestimables documentos para la Historia y para la biografía de muchos individuos.

Ahora bien, también Valera, como cualquier escritor de cartas, gradúa la materia de sus informaciones y matiza la tonalidad de sus estimaciones a tenor de la confianza o del interés en que él mismo sitúa al destinatario de sus escritos, lo cual supone un grado de invención y fantasía en el hecho de la comunicación epistolar. La confianza o la distancia que mantiene con sus corresponsales es una palanca fundamental en el proceso de esa graduación. Si en sus años jóvenes habían sido confidentes privilegiados sus padres, su hermano Freuller y alguno de los amigos de más edad que él, en los años maduros reduce el campo de la trasparencia a muy pocas personas: el diplomático belga Jules de Greindl, la duquesa de Malakoff Sofía Valera y, muerta ésta, Mariano Pardo de Figueroa (el «Doctor Thebussem»). Valga como prueba de la elección de confidentes seguros este testimonio de una carta a Greindl fechada en 1-VIII-1884: «Sueño en irme a vivir a Cabra y en

que Vd. vaya por allí a acompañarme durante una buena temporada. Sólo a dos personas he hecho este convite, a Vd. y a mi hermana Sofía».

Valera tenía, por supuesto, otros comunicantes a los que confiaba intimidades: los amigos de la república literaria, algunos parientes de su confianza, sus queridos hijos, la esposa distante y huidiza. Con los primeros revivía la sociedad literaria española y de las otras lenguas en las que él era lector habitual; la descuidada confianza de los parientes facilitaba la exhibición de salacidades; los hijos estimulaban los pliegues más sentidos de su afectividad, la esposa provocaba la frustración melancólica. Sinceridad y graduación expresiva con cada uno de los comunicantes es su regla de oro, una práctica en la que su acierto lingüístico se manifiesta brillantemente. Elegir una palabra, la palabra adecuada, era para él imperativo previo a todo acto de escritura. Comentaba, por ejemplo, a Narciso Campillo el desacierto del novelista López Bago en la elección del título de una de sus novelas más escandalosas, *La prostituta* de 1884:

> Otra cosa también terrible es la elección de la palabra de estilo grave y pomposo para denotar el objeto o acción *non-sancta*. La gamberra, la daifa, la coima, la bagaza, la suripanta, la traviata y hasta la p..., carga menos y ofende menos los oídos delicados y púdicos que la de *prostituta*. O mejor en ciertas cosas es no expresarlas o buscar una perífrasis para expresarlas[16].

Abominaba del mal uso de la lengua española que hacían sus contemporáneos[17] y, yendo más lejos, en el camino de la exigencia lingüística, no escapaban a su fino olfato las fórmulas retóricas de repertorio, que evitaba con los más habilidosos esguinces. De manera que no es fácil encontrar en sus textos literarios y epistolares la fórmula «yo (te) confieso», salvo en un poema adaptado de un original de François Coppée que titula «Confiteor

---

[16] Carta de 27-XI-1884. Obsérvese que casi todos estos apelativos son los que emplea el narrador de *Fortunata y Jacinta* para denominar a la heroína de Pérez Galdós.

[17] Valga este testimonio: «Yo dudo del público español hasta para la *forma*. Creo que mi estilo es natural y no rebuscado, moderno y no arcaico, sencillo y no enrevesado. Si en Cabra o en Doña Mencía leyesen, y se interesasen en el asunto, entenderían mis libros; pero la gente cursi de las capitales, que es la que lee en España, se ha fabricado con dicharachos periodísticos y frases hechas parlamentarias, neologismos franceses de salón y modismos de toreros y *cantaores*, un lenguaje endiablado, que es que imagina natural, hallando el mío, que es verdaderamente natural, gringo, extraño y a veces ininteligible» (carta a Greindl de 16-IV-1887).

Deo»[18]. Esta ausencia de la fórmula ritual nos aleja de una de las marcas más características de la confesión, puesto que la enunciación «yo confieso» actualiza la presencia del *yo* que declara y del *tú* que recibe la confesión.

En la tradición literaria occidental, desde el texto agustiniano, emergen los pronombres de primera y de segunda persona como los sujetos imprescindibles del acto confesional. La iniquidad del escritor africano reclama a Dios como oyente, Agustín espera ser escuchado para transformar al hombre viejo en una plenitud vital de reconocimiento: «ut cognoscame, ut cognoscate».

Las posteriores aplicaciones sociales de este impulso trasladarían la figura del interlocutor hacia una instancia ajena que introducía un fuerte contenido penitencial o terapéutico: el confesor, el juez, el Santo Tribunal, el analista psíquico. Recuperar la vibración íntima de la confesión será obra de la Modernidad en la que el *tú* se vuelve a construir como una variante del *yo*, en un «hipócrita lector», en un semejante, en un hermano. «Qui que vous soyez, que ma destinée ou ma confiance ont fait l´arbitre de ce cahier, je vous conjure [...] de ne pas anéantir un ouvrage utile et unique» seguía anotando Rousseau en el preliminar de sus *Confessions* que he recordado al comienzo de mi intervención.

En el tiempo que vengo dedicando a la edición de la *Correspondencia* de Juan Valera me he preguntado muchas veces si los estudiosos de cartas familiares, los que buceamos en esos textos de comunicación privada entre seres de otro tiempo y otras circunstancias, no estaremos practicando una forma superior de «voyeurismo», de impía curiosidad sobre las vidas ajenas. En ocasiones me he respondido a la pregunta apelando a la dedicación ilimitada que los investigadores deben aplicar a su trabajo; otras veces me ha tranquilizado la idea establecida de que las cartas de escritores dan una tercera dimensión de sus escritos creativos e, incluso, que ellas mismas pueden constituirse en piezas artísticas de primer orden. Pero, situándome en el ámbito de la literatura confesional y una vez reunido el amplio caudal de textos epistolares de nuestro escritor que hemos podido allegar, entiendo que el curioso impertinente ávido de cartas ajenas funciona como un sustituto de esa instancia segunda del discurso autobiográfico, es decir,

---

[18] Lo publicó por primera vez en la *Ilustración Española y Americana*, XXXVII, 1 (mayo, 1883).

como el actor que recibe las palabras declarativas, como el intérprete de las resonancias biográficas que atruenan en los textos epistolares.

Esta función performativa –admitidme el término de la jerga lingüística– la ha explicado con pasmosa lucidez María Zambrano en su imprescindible ensayo sobre el género literario que es la confesión. Para la pensadora andaluza la confesión «al ser leída, obliga al lector a verificarla, le obliga a leer dentro de sí mismo, cosa que el lector curioso no quiere por nada, pues él iba para mirar por una puerta entreabierta, para sorprender secretos ajenos, por una falta de precaución, y se encuentra con algo que le lleva a mirar a su propia conciencia. La confesión literariamente tiene muy pocas exigencias, pero sí tiene ésta de la que no sabríamos encontrar su receta y es: ser ejecutiva, llevarnos a hacer la misma acción que ha hecho el que se confiesa»[19].

No incurriré en una obscena declaración sobre las salvaciones optimistas que me han traído las cartas de don Juan; por ahí corre un cuento de Germán Gullón en que las glosa y las transforma[20]. Esos efectos de entusiasmo también los producen la prosa crítica y la narrativa de nuestro autor, en la que abundan los momentos que enardecen el ánimo para la superación de las contrariedades. Lector ubicuo del relato de una vida en fragmentos epistolares, yo veo en la «correspondencia» de Valera una invitación estimulante hacia la comprensión simpatética que debe de producir la visión estelar de los acontecimientos humanos en su conjunto; este es el punto de vista del demiurgo, la perspectiva impasible que los teóricos de la novela decimonónica reclamaban para su narrador, que no es la réplica de la crujiente comprensión humana en la que se entreveran la ironía y el «inteletto d´amore», dos imperativos de lectura que nos exigen las cartas de Juan Valera.

## FIDES, PATRIA, AMOR

He evitado hasta este momento traer a vuestra consideración un zurcido de fragmentos epistolares entresacados de la cosecha de la *Correspondencia*

---

[19] María Zambrano, *La confesión. Género literario*, Madrid, Siruela, 1995, p. 45.

[20] Germán Gullón, «Un mundo feliz», relato incluido en *Adiós, Helena de Troya*, Barcelona, ediciones Destino, 1997, pp. 127-136.

de nuestro autor que hemos podido reunir. Y no lo he hecho, entre otros motivos, porque su elección hubiera sido para mí tarea de imposible acierto. Para acertar, mis palabras hubieran debido ser el entrelazado de cartas y cartas, convertido yo en un nuevo Pierre Menard del epistolario de Valera. Pero, por el intento de evitar el recurso retórico de la antífrasis, no quiero concluir sin recordar algunos momentos de las misivas de nuestro autor singularmente significativos en lo que concierne a su grado de confesión íntima. En la elección de cartas me he fijado tres puntos de interés que corresponden al lema con el que los heraldos de las cortes del «gay saber» convocaban a los contendientes de los «juegos florales». Y no en balde don Juan se ocupó en varias ocasiones de la restauración moderna de la contienda poética medieval y fue el mantenedor de los celebrados en Segovia (21-IX-1902) y en Córdoba (20-V-1903)[21]. Seguiré, pues, como hilo conductor las tres palabras clave del lema felibrista: «Patria, Fides, Amor».

## AMOR

Siendo el prototipo estándar de la epístola familiar la carta de amor, resulta que no conservamos ninguna de don Juan, aunque conozcamos las de algunas de las mujeres que cruzaron por su existencia. Los herederos del escritor guardan las que enviaba a su mujer, Dolores Delavat, de personalidad tan histamínica. Las comunicaciones afectuosamente comprensivas que don Juan le dirigía deben ser leídas en paralelo con las confidencias que, referidas a la misma persona, hacía a su hermana Sofía. Esta es una lectura que se ha hecho parcialmente y para la que no dispongo de margen suficiente aquí y ahora para entrar en sus complejos pormenores, si bien quiero apuntar una mínima pincelada que sirva como ilustración a la no conservada correspondencia amorosa de don Juan.

De la etapa vivida en Washington y en la que, como es sabido, Valera se embarcó en una novela concluida trágicamente, resulta sobrecogedor el que, después de haber escrito a Dolores que él había recibido «muchísimo pesar al leer cuanto me dices de tu aburrimiento y de que no me escribes a menudo porque no me importa nada de lo que me digas. Esto es muy injusto. Si de mí dependiese, serías tú la mujer más dichosa, más lisonjeada

---

[21] Ver los texto en La Época (23-IX-1902) y en la revista *Helios*, 1903, I, pp. 385-397.

y menos aburrida del mundo» (6-X-1884), diga pocos meses después a su hermana:

> El vivo recuerdo de los disparates y furores de mi mujer, de que por su culpa he encajado aquí, de que por sus desdenes, yo que hubiera sido un maridazo bonachín me he metido en amoríos hasta a los 60 años, y de que por su desdén hacia mí ha muerto lejos de mí Carlitos, y de que ella hizo insufrible para mí la vida de familia cuando yo nací para la vida de familia, y esto desde hace 14 años, durante los cuales me ha atormentado, vejado y humillado, todo esto no quita que en mi grande infortunio, compadezca yo a Dolores y me interese por ella, así como por Luis y por Carmen (15-VII-1885).

De seguir por este camino epistolar llegaríamos a la última novela del escritor, la de la imaginada aventura transoceánica de Mors+Amor.

## PATRIA

En la visión que ofrece de la Patria volvemos a encontrar un juego de matices y contrabalanceos análogo al que muestra en las comunicaciones referentes a su intimidad afectiva. Situémonos en los últimos años de su vida, cuando el anciano patriota, gravemente dolorido por la carnicería de jóvenes soldados en la guerra de Cuba, no vacila en aconsejar templanza de juicio en las polémicas patrióticas en las que se comprometía su joven amigo Menéndez Pelayo. Le escribe, por ejemplo, en 1887: «Quiero que llevemos adelante nuestro empeño de resucitar el genio español castizo; lo quiero con igual ardor que usted, con el mismo enamorado patriotismo; pero seamos prudentes y no ponderemos demasiado, haciendo más difícil o tal vez imposible la victoria a fuerza de querer que sea completa» (carta de 10-X-1887). Para sus sentimientos patrióticos adelantaba a su íntimo Greindl, en otra carta también de este mismo año, una clave explicativa de índole temperamental: «Dos sentimientos raros me tienen melancólico. Mi optimismo, que me impongo, y del que dudo en ocasiones. Y mi estimación elevada de la patria de la cual dudo a veces también, en momentos de amargura» (carta de 13-IX-1887).

Las cartas que escribe en torno al año de 1898 constituyen un conmovedor testimonio del diplomático experimentado que sabe del efecto de los gestos desmesurados y, al mismo tiempo, del sentido patriota que

siente como el que más las aflicciones españolas. En otro lugar he descrito y analizado la actitud de Valera ante el Desastre y la crisis del fin de siglo[22], actitud que manifiesta el entreverado habitual de su visión pesimista de la realidad y la decisión optimista para sobrellevarla.

*FIDES*

De su intimidad religiosa no suele ser tan prolijo expositor como de sus estimaciones políticas o literarias, pero alguna declaración hizo en que se presentaba como un varón de dolores que desnuda la intimidad de todo su ser.

Contra la utilización política de las creencias religiosas había debatido públicamente, desde sus años jóvenes, frente a las posiciones intransigentes de integristas y neocatólicos; en alguna carta privada y en algún texto en verso –el poema «Plegaria» de 1853– se extendió en razonamientos referidos a uno de los grandes debates de su tiempo: el problema de la relación posible entre la autónoma razón humana y la gratuita fe del creyente. En este asunto Valera se hacía eco de la inmediata filosofía alemana –por Kant llegó a Hegel según ha propuesta de Hans Juretschke[23]–, una filosofía que él había leído en sus fuentes originales. Con todo, también en su correspondencia surgen momentos en los que hace anatomía de sus sentimientos religiosos y hace vislumbrar la esperanza anhelante de ataduras trascendentales. La muerte de su hijo Carlos fue un momento singularmente provocador para la exhibición de estos sentimientos. De esa triste etapa es una confesión a su mujer:

> Ya sabes tú que yo no hago gala de incredulidad; no te niego que soy escéptico, pero mi escepticismo no niega, duda sólo; y más inclinado me siento a creer en que hay otra vida que a negarla. Siempre he pensado y meditado mucho sobre esto. Creer en otra vida inmortal es la más poderosa consolación. Procura creer en ella. Yo, mientras

---

[22] Leonardo Romero Tobar, «Valera ante el 98 y el fin de siglo», AA. VV., *El camino hacia el 98 (Los escritores de la Restauración y la crisis del fin de siglo)*, Madrid, Fundación Duques de Soria-Visor Libros, 1998, pp.91-116.

[23] Hans Juretschke, «Valera o los descubrimientos del diplomático historiador», *Obras Completas*, ed. de Miguel Ángel Vega, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 2001, II, pp. 637-652.

más ahondo y reflexiono, menos irracional hallo la creencia. Hay tan enorme distancia entre el animal más inteligente y el ser humano más estúpido, que no acierto a atribuirla sólo al material organismo, y tengo que poner, para explicármela, otro elemento distinto e imperecedero en nuestra existencia íntima. Si existe este elemento, lo demás es llano [...]. Dado todo esto, es evidente que nuestro Carlitos vive y que no es desdichado[24].

* * *

Los infinitos matices en opiniones y en sentimientos que depara el epistolario de Valera, más allá de las socorridas «pleguerías» a que aludían él mismo y sus coetáneos, explican la dificultad que encuentran los biógrafos del personaje para conocerle en toda su integridad, tal como opinaba, sin ir más lejos, don Manuel Azaña. Sus cartas, surgidas cada una como un acto independiente de comunicación con un receptor alejado, eran para él, en un primer alcance, la libre conversación de quien buscaba un eco de afectividad y la réplica de su propia imagen en la imagen que él se hacía del destinatario. «Escribo a usted, aunque halle usted insípida esta carta, como de quien se pone a escribir sin saber qué va a decir, porque tengo gana de conversar con un verdadero amigo, aunque sea desde lejos, y me siento muy solo», confesaba al amigo Greindl en 1887[25].

Reunidas, sino todas, sí una porción significativa de las cartas que escribió en su vida, podemos leerlas como una confesión general que recibimos nosotros, lectores distintos de sus corresponsales genuinos y que nos constituimos en la instancia globalizadora de su discurso ininterrumpido. Es lo mismo que nos ocurre con las cartas de Santa Teresa, a partir de la edición de Palafox de 1658 o con las de Mme. De Sevigné puestas en circulación editorial a partir de 1725, y con tantos epistológrafos que en el mundo han sido. Nosotros, los lectores actuales del epistolario de Valera, recibimos, claro está, los sugestivos estímulos que su prosa epistolar traslada, de los cuales no es el menor la invitación a construir nuestra conciencia de lectores al ritmo en el que se va construyendo la conciencia del autor en la escritura de sus comunicaciones.

---

[24] Carta a Dolores Delavat (15- III-1886).

[25] Carta al barón Greindl (13-IX-1887).

Esta acción transitiva de las cartas de Valera actúa en diferido sobre nosotros, en una distancia del tiempo y el espacio que son distintos al tiempo y al espacio de sus corresponsales pero que en algo se les parece. Nosotros, a diferencia de ellos, recibimos la lluvia de sus confesiones y podemos reaccionar ante ellas en su totalidad. Es una lluvia que hace germinar en nosotros –lo diré con palabras de él mismo– el panfilismo, la sana ironía, el optimismo combativo. Para mí, lo confieso, es el regalo de un irrepetible modelo de comprensión inteligente.